

AZUL PETRÓLEO

Samuel Andrés Arias

Aunque el turno terminó a las diez de la noche, salió minutos antes de las doce, después de cuarenta y ocho horas seguidas de trabajo.

Subió al carro y tomó la autopista. Mientras contaba las líneas blancas e intermitentes que dividían en dos la carretera, veía como el azul petróleo de la noche se confundía con el negro del asfalto en el horizonte. Anhelaba llegar pronto a casa y dormir las escasas seis horas que tenía disponibles antes de regresar a la clínica.

Al escuchar el grito de la bocina, abrió los ojos y encontró el interior del auto bañado en una luz de mediodía. ~~Un segundo antes de atravesar el panorámico con su cráneo, recordó que no había ajustado su cinturón de seguridad y vio, en el centro del espejo retrovisor, un lunar dorado y resplandeciente señalando el poste que se hundiría en su Renault diecinueve, modelo noventa y siete, color azul petróleo... como la noche.~~

Eliminado:

COMENTARIO:

Muy buena narración, breve y al mismo tiempo minuciosa en sus descripciones. La imagen de la negrura de la noche y la negrura del asfalto preparan de manera muy hábil al lector para lo que vendrá con impactante inmediatez, incluida la alusión al color del coche. Ahora bien, creemos que al cuento le falta un *fondo*, un cierto motivo que se adivine en los entresijos de la narración, a fin de que no quede en lo meramente anecdótico, en la simple descripción de un evento. En los buenos cuentos siempre hay, casi al trasluz, un elemento que le confiere a la historia de primer plano un sentido mayor, algo que le otorga densidad, y que se le ofrece al lector desarticulada, como en piezas que son necesarias armar rápidamente: algo así como una visión fugaz de cierta trascendencia. ¿Por qué le ocurre lo que le ocurre a tu personaje? ¿Sólo por cansancio y descuido al no ponerse el cinturón? O quizá hay algo más, una discusión, un hartazgo, un empecinamiento en comprar un coche de ese color... en fin, algún detalle que haga del texto algo más que una buena anécdota bien contada. Es necesario recordar que la ficción literaria no soporta la arbitrariedad de que goza la vida real. En un cuento, en una novela, todo tiene que tener una justificación, un poderoso motivo oculto que ponga en orden lo contado. Si, por ejemplo, en un cuento se presentan dos personajes con el mismo nombre y luego ese hecho (que en la vida real puede ser poco menos que una anécdota) no tiene ninguna relevancia en el transcurso de la historia, los lectores nos sentimos defraudados, porque entendemos que todo lo que aparece en una historia debe tener una razón. Así, en el cuento que nos envía Samuel Arias, parece faltar ese motivo, esa justificación para la trama.